

---

# De derrumbes y construcciones de memoria. Sobre *Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio público* (2020), de Margarita Vannini<sup>1</sup>

Of Collapses and Constructions of Memory. About *Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio pública* (2020), by Margarita Vannini

LUDMILA DA SILVA CATELA

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina  
ludmilacatela@yahoo.es

**Resumen:** En este texto la autora reseña el libro *Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio público* (Guatemala: F&G Editores, 2020), de Margarita Vannini.

**Palabras clave:** Nicaragua, memoria, disputas, Margarita Vannini

**Abstract:** In this text, the author reviews the book *Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio público* (Guatemala: F&G Editores, 2020), by Margarita Vannini.

**Keywords:** Nicaragua, Memory, Disputes, Margarita Vannini

**Recibido:** febrero de 2021; **aceptado:** marzo de 2021.

**Cómo citar:** Da Silva Catela, Ludmila. "De derrumbes y construcciones de memoria. Sobre *Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio público* (2020), de Margarita Vannini". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 40 (2020): 138-143-x. Web.

---

<sup>1</sup> Este texto se basa en la intervención de Ludmila da Silva Catela durante la presentación virtual del libro *Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio público*, organizada por el Centro de Investigaciones Históricas de América Central de la Universidad de Costa Rica y la Iniciativa por Nicaragua, el 5 de diciembre de 2020.

El libro *Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio público* invita a celebrar las memorias que pueblan nuestra América Latina. Memorias de despojos, pero sobre todo memorias de luchas e insurgencias. Mientras leía este libro de la querida Margarita Vannini, volvieron a habitar en mí momentos compartidos en Managua con gente tan querida como Margarita, Ileana Rodríguez, Víctor Hugo Acuña y Juan Pablo Gómez. Volví a caminar la ciudad junto a la autora. Recordé a cada una y uno de los alumnos de la Maestría de Estudios Culturales con énfasis en Memoria, Cultura y Ciudadanía del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana, con quienes viví una de las experiencias más lindas como docente. Allí dialogué mucho, aprendí más y conocí gente maravillosa, muchos y muchas con los cuales disfruté al ver el crecimiento de sus trayectorias, la publicación de sus libros, sus caminos recorridos. Tal vez eso resume la fuerza de este libro, pero en particular la gran generosidad de Margarita en cada uno de los proyectos que guió, inició, compartió y creó (el archivo, la revista, su participación internacional en grupos e instituciones).

El libro es, sin duda, un punto de referencia en una red de acciones y prácticas que esta “emprendedora de memoria e historia” ha realizado por y en Nicaragua. Leerlo fue descubrir también cómo en América Latina podemos pensar nuestras naciones en particular, pero también nuestro territorio como compartido, con todos los dolores y todas las luchas emprendidas. En especial porque sabemos que quienes ya no habitan entre nosotros son la fuerza y la energía vital para sostener y emprender nuevas luchas cada día, en cada rincón de esta patria grande.

Este libro es, por sobre todas las cosas, una obra de gran generosidad y coraje. Un diálogo profundo en torno de las borraduras que atraviesan las prácticas de memoria desde las relaciones de poder que imprime el Estado, o mejor aún de quienes detentan el poder desde los gobiernos de turno en sus variadas expresiones dictatoriales, revolucionarias, democráticas, intervencionistas, etc., cuando intentan ocultar el pasado e imponer UNA memoria como la verdadera y legítima.

Esta obra tiene una fuerza inusitada. Aquella que se deriva del recorrido *ejemplar y literal* –para usar dos categorías clásicas de Todorov– no sobre una geografía urbana plana y chata, sino en una geografía de lo múltiple, una geografía que plasma una superficie de cambios y transformaciones. Cada vez que iniciamos la lectura de una nueva página, no sólo se confirma la habilidad de Margarita para la escritura, sino que entramos en ese movimiento de ciclos continuos que despliega su análisis sobre la memoria. Y esto que parece una obviedad es muy difícil de lograr, ya que se puede afirmar mil veces la relación de la memoria con las diversas temporalidades, pero en pocas oportunidades he podido acceder a un verdadero trabajo de deconstrucción de esa idea. Aquí no es una mera afirmación sino un procedimiento de análisis “denso” sobre los ciclos, superposiciones, tachaduras y reconstrucciones de esa temporalidad. Una manera de observar y comprender, lo que no significa justificar, de qué forma desde el Estado en Nicaragua los distintos gobiernos han “teatralizado la memoria” en

el espacio público, construyendo monumentos, (re)nominando calles, trazando nuevos recorridos, ocupando plazas con marcas y señales de lo que se debe recordar, de lo que se debe olvidar y a quiénes se debe silenciar en la construcción de sus relatos sobre la Nación.

En el primer capítulo, Margarita pone el foco en torno de las memorias en conflicto, explicando cómo las disputas por los sentidos del pasado se originan en 1979 con el derrocamiento de la dictadura de Anastasio Somoza Debayle y el triunfo de la revolución. Y afirma que “los legados de la dictadura somocista y de la década revolucionaria pesan en la memoria colectiva y emergen en cada nueva crisis política”. En el segundo capítulo, Vannini apela a la larga duración para poder observar empíricamente las políticas públicas de las memorias promovidas desde los gobiernos que se alternaron en el país entre 1979 y 2019. Cuarenta años de borraduras, tachaduras y resignificaciones del espacio público a partir de las batallas de las memorias plasmadas en la cultura material de la ciudad. Luego, en el tercer capítulo la autora pone el foco como quien recurre al microscopio para observar el detalle, sobre los procesos de construcción de la Plaza de la Revolución como lugar de memoria, descifrando no sólo su valor histórico y simbólico, sino los sentidos que se han superpuesto allí y la han transformado en un lugar de memoria emblemática, plagada de batallas y de conflictos por su dominio y ocupación. Para quienes no conocen este espacio, la autora nos explica que la misma fue construida en 1940 y funcionó como centro de poder político, sede de las manifestaciones de la dictadura somocista y escenario de importantes acontecimientos históricos en las décadas posteriores.

En el último capítulo, la historiadora nos lleva a caminar por la plazoleta construida frente al Estadio Nacional, lugar que desde 1954 albergó una estatua ecuestre de Anastasio Somoza García, el fundador de la dinastía, derribada el 19 de julio de 1979 con el triunfo de la revolución. Este capítulo muestra de manera muy elaborada las tensiones, continuidades y rupturas que se generan entre las memorias impuestas desde arriba, los actos insurgentes de las memorias subterráneas sostenidas por años bajo la opresión de símbolos cargados de autoritarismo y las nuevas legitimidades que se imponen para resignificar esos espacios. Así, las imágenes de la estatua de Somoza siendo derribada, sus pedazos recorriendo la ciudad, el pedestal vacío que por 30 años estuvo allí representando el derrocamiento de la dictadura y su resignificación para las conmemoraciones del triunfo de la revolución cuando se lo vuelve a “conquistar”, esta vez con la figura de Augusto C. Sandino, que sobre su burro ocupa una nueva simbología. Este capítulo resume además diversos hilos que atraviesan el libro en torno del dominio de las memorias masculinas plasmadas en el espacio público, ya sea que representen a la dictadura o a la revolución marcando allí más continuidades que rupturas. Los silencios dados por la ausencia de otras memorias que podrían imprimir nuevos sentidos a los usos y abusos del pasado, pero también las maneras y formas de representación y escenificación de las memorias del poder y los gobiernos: la grandilocuencia de la estatua de Somoza frente a un Sandino que aparece pequeño en un pedestal conquistado. Los restos de la estatua de Somoza, dispersos por la ciudad, como metáfora de una memoria que

casi fantasmagóricamente sigue habitando ese territorio y de un Sandino que se multiplica en estatuas, imágenes, formas diversas que imprimen otros sentidos a esa geografía múltiple de la ciudad de Managua y que, imagino yo, se reproduce como una red en múltiples memorias locales, que aunque no son objeto de este libro espero que Margarita emprenda su análisis en breve.

Cada capítulo nos hace transitar por Managua descubriendo mojonos de memorias superpuestas, que como en una estratigrafía necesita de preguntas para poder ser interpretada y comprendida. El trabajo emprendido es una verdadera arqueología de la memoria, ya que allí donde se descubre una retícula de sentidos se abren nuevas preguntas que llevan a despejar más espacios y lugares, que a su vez resignifican los anteriores. Mientras recorremos la ciudad —plasmada en las páginas de este libro— sentimos cómo ellos fueron cambiando y cómo fueron demolidos para elevar sobre sus escombros nuevas memorias en incesantes momentos de la historia política de Nicaragua. Esas acciones tienen su epicentro justamente allí, donde la colonia nos impuso su geografía y las maneras de representación: las plazas, la iglesia y el mausoleo, las estatuas y las fuentes. Esto no es casual.

Cada vez que, en esta arqueología de la memoria sobre Nicaragua, creemos que llegamos a una capa de sentidos sobre el pasado solidificada, las preguntas que atraviesan el libro muestran que ese pasado está en constante movimiento.

En la página 23 la autora se pregunta, y nos pregunta a nosotras como lectoras: ¿Qué tipo de memorias circulan en Nicaragua? ¿Cómo se construyeron las memorias del sandinismo desde 1979? ¿Cuáles fueron los procesos de resignificación, borraduras y reescritura del relato de la revolución y sus símbolos? ¿Cómo se expresan esas luchas en los espacios públicos? ¿Cuáles son los mecanismos de transmisión de las memorias? ¿Qué memorias construyeron las élites liberales? ¿Cuáles son los eventos fundacionales que dan origen a esas memorias y por qué el enfrentamiento sobrevive hasta hoy? Y nos dice: “estas son las preguntas que me hago y respondo en este estudio”.

Diría que estas preguntas inauguran un campo de estudios sobre las memorias en Nicaragua, que este libro funda al abrir estos interrogantes y generosamente habilita nuevas cuestiones a desentrañar sobre la lógica, los afectos, las maneras y estrategias sobre las que se construyen las memorias en Nicaragua y en la región. Digo esto ya que leer sobre los procesos y la economía de los usos del pasado en la esfera pública nicaragüense, es un buen ejercicio para pensar comparativamente otros territorios locales y nacionales. Me preguntaba por qué la Plaza de la Revolución de Managua ha generado tanta disputa, demolición y reconstrucción en cada ciclo y tiempo de la política que impactaron profundamente sobre su estructura material y de proceso de memoria; mientras que por ejemplo la Plaza de Mayo en Buenos Aires como espacio análogo mantiene o pareciera mantener más o menos su estructura original desde 1884, cuando se erigió como sitio fundacional de Buenos Aires y donde se han ido superponiendo símbolos y resignificaciones sin destruir las anteriores. Sin embargo, la lectura de este libro me hizo pensar si esa aparente calma es real. La Pirámide de Mayo convive con los pañuelos blancos de las madres que todavía buscan a

sus desaparecidos, aunque realmente hubo muchos intentos de borrarlos en diferentes ocasiones, y la fuente icónica de la Plaza adquiere diversos sentidos, por ejemplo, en torno a la memoria colectiva del 17 de octubre para el peronismo como espacio de victoria y para los antiperonistas como lugar del “aluvión zoológico”. También esta Plaza ha cobijado en diferentes momentos la presencia de cruces de madera en protesta por la guerra de las Islas Malvinas o las siluetas de jóvenes asesinados en los conflictos sociales de 2001, por citar algunas de las marcas más efímeras que se plasman en ese espacio. Sin contar con que la propia plaza es llevada, metafóricamente, sobre el cuerpo de cada Madre de Plaza de Mayo. Veremos cómo se cuenta en el futuro a la Plaza de Mayo como epicentro del velorio de Maradona, entre múltiples sentidos de presencia ciudadana que la misma ha cobijado.

Así el libro nos interpela, nos hace volver a preguntarnos sobre temas que hemos naturalizado o sencillamente dejamos de observar. Por eso, lo que nos propone Margarita no es sólo la lectura de una investigación, sino la aventura de ponernos a pensar cuántas otras borraduras y (re)significaciones de la memoria se dan mientras escribimos sobre la memoria. También nos interpela teóricamente, si bien su estructura narrativa está anclada a núcleos empíricos de análisis, la autora va proponiendo entre líneas una mirada teórica propia creada a partir de su propio corpus analítico.

Voy a destacar algunos de estos aportes teóricos para pensar los procedimientos de la memoria. El primero está esbozado en el capítulo 1 en torno a la reescritura de la historia y la memoria sobre el proceso revolucionario. Hay un breve pasaje donde se describe cómo convivían dos banderas y dos himnos. La bandera y el himno nacional, con la bandera y el himno del FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional); de manera contraria, los símbolos del somocismo fueron erradicados, demolidos literal y metafóricamente. Y aquí el aporte de este libro es muy interesante ya que lo que muestra es que en los procesos de memoria conviven tanto destrucciones como permanencias. Lo que funda y unifica, el himno y la bandera nacional se une al del FSLN, ya que en el proceso de memoria es lo que fortalece a la comunidad afectiva y política; mientras lo que se destruye es aquello que no se reconoce como parte de esa comunidad. Así el trabajo de la memoria, selectivo por excelencia, distingue lo que produce cohesión de lo que genera división. Lo que es reconocido como fundacional renace, mientras que lo que no ocupa ese lugar simbólico se destruye. De ahí que los ciclos de memoria siempre guardan elementos en común.

El segundo eje conceptual es aquel que habla o por lo menos interpela en torno a la pregunta de si las memorias tienen género. El libro muestra una y otra vez cómo el pasado en el presente es representado por figuras masculinas: dictadores, revolucionarios, mártires. Somoza, Sandino, López, Fonseca, Ortega. Las mujeres aparecen como “esposas” e “hijas de...”, como telón decorativo de fondo. Y allí mientras leía pensaba, ¿dónde habitan, circulan, se producen las memorias de las mujeres revolucionarias, de la comunidad LGTB? Me niego a pensar que esa memoria masculina es la única que se expresa en el espacio público. ¿Habrá procesos que no vemos o que están invisibilizados, aunque pre-

sententes y con fuerza? ¿Qué estrategias metodológicas deberíamos construir para poder analizarlas?

El tercer eje está relacionado con la materialidad, las materializaciones y la memoria. Esta investigación muestra de manera muy detallada la fuerza de evocación y el proceso instituyente que tiene la cultura material para fijar los sentidos del pasado. Pero diría que muestra más que eso: permite observar cómo la materialidad y sus cambios *hacen política y hacen a la política*.

Un cuarto elemento está atado a cómo las realidades que nos circundan sean ellas políticas, religiosas o culturales, son las que van delimitando las formas que pueden adquirir las memorias y los significados que les imprimimos. Estamos atadas y atados a aquello que hace sentido en un sistema acotado de símbolos. Todavía recuerdo la emoción que tuve cuando llegué en uno de mis viajes a Managua y vi los enormes Árboles de la Vida iluminados. Representaban para mí una de las experiencias más hermosas que habíamos llevado adelante en el Archivo Provincial de la Memoria, donde habíamos generado un proyecto que nada tenía que ver con esos árboles de Managua, que se denominó justamente Árboles de la Vida y consistía en plantar uno por cada desaparecido en Córdoba. No podía leer el significado de los de Managua sin estar atravesada por aquella experiencia propia. Sin embargo, esa comparación imposible me hizo aprender mucho de la historia de Nicaragua, ya que frente a mi emoción las explicaciones sobre esos árboles de lata daban cuenta de una figura política, como la primera dama nicaragüense, pero también de las borraduras, sedimentaciones y otras formas de memoria. Así pasé de la emoción a la desilusión, pero también a la reflexión de cómo un mismo nombre, una misma iconografía podía decir y significar cosas opuestas.

Borraduras, tachaduras, resignificaciones, ruinas y escombros que nos interpelan sin cesar, acá, allá, donde sea que florece la memoria, no como un detalle decorativo sino como la necesaria textura de la experiencia frente al dolor y la inevitable y necesaria presencia de nuestros muertos que nos interrogan cada día. Y aquí en este libro eso está marcado una y otra vez, cuando las ruinas en el paisaje de los terremotos reales sirven para enhebrar los hilos que se tejen en la superficie que tiene sólo una calma aparente. Así, las memorias serán siempre insurgentes y provocadoras, inconclusas, desordenadas y generadoras de nuevas maneras de mirarnos y pensar en nuestras naciones. Insurgentes como la de los jóvenes nicaragüenses en las protestas de 2018 y rebeldes como las de mis vecinos chilenos. Ahí radica su fuerza, no en la dimensión emotiva, sino en la posición crítica de la memoria que permite incidir una y otra vez sobre el presente inestable y complejo.

Vannini, Margarita. *Política y memoria en Nicaragua. Resignificaciones y borraduras en el espacio público*. Guatemala: F&G Editores, 2020. 204 págs. Impreso.